

## Apología del "Libro sucio"

Escribe: NELSON NICHOLLS SANTACOLOMA

Pasada la última Feria del Libro en Bogotá, efectuada en el mes de octubre, nos quedó en el ánimo un sentimiento de contrariedad que habrá de durarnos mucho tiempo. Es el caso que algunos libreros de nuevo dieron en la flor de ofender a los libreros de viejo durante aquella feria en forma que no habíamos llegado a imaginar. Pásemos por alto el que unos cuantos organizadores del certamen se opusieran a que sus menospreciados colegas exhibiesen también su mercancía, así fuera en apartado sitio de la plaza, como quien huye de leprosos. Quizá ello se debiera a bien fundadas razones de esas que tanto tienen que ver con la competencia. Después de todo los vetados libreros siempre colocaron sus puestos en la plaza. Pero aquello de no llamar al libro de segunda mano por su nombre de viejo sino torcidamente y con malevolencia por el de sucio, sí nos contrista y como que nos pone coléricos, nos dice el bibliófilo don Luis Villagómez.

Genéricamente han sido envueltos en la denominación de "libro

sucio" todos aquellos que a causa de haber pasado por muchas y poco amorosas manos no tienen hoy la gallardía con que un día salieron de la imprenta. Descuadernados y con manchas, dobladas torpemente sus hojas, sueltas quizá algunas de estas y subrayadas, puede ser que algunas personas escrupulosas los miren con esos mismos ojos con que para esta y otras ferias los han mirado los vendedores de libros nuevos. De mí se decir, agrega don Luis Villagómez, que el libro sucio, así llamado ahora, me ha deparado no pocas veces grandes alegrías, suma enseñanza y grata compañía. ¡Cuántas veces, nos dice nuestro amigo bibliófilo, me ha ocurrido averiguar paciente durante años, sin resultado alguno, por la obra no reimpressa de un autor admirable y encontrarme de pronto en un zaguán con un viejo ejemplar, sucio es verdad pero completo, correspondiente a una edición que ni buscada con la lámpara de Aladino es posible hallar hoy en las nuevas librerías! Tal el caso y solo por vía de ejemplo, de las Apuntaciones sobre la len-

gua inglesa de César Conto "obra que contiene un tratado sobre las preposiciones y una colección abundante de modismos, refranes y expresiones familiares y del slang" como está dicho en la portada de esta edición francesa, realizada por la Librería de P. Bregi, 37 bis, rue des Saints Peres, el año 1883 en París.

Mire usted el estado en que se encuentra este ejemplar, nos dice don Luis, a tiempo que lo toma en sus manos con gran cuidado. Y cómo no había de ser este un "libro sucio" si en sus páginas abrevaron durante muchos años, lo dicen ellas muy claro, cuántos colombianos estudiosos del idioma inglés. En presencia de este tomo aún viviente, sí que resulta cierto aquello tantas veces dicho de que el libro es nuestro mejor maestro. Se diría que justamente por serlo en tan alto grado, hay volúmenes como este de las *Apuntaciones* de César Conto, sobre la lengua inglesa tan maltratados por lo llevados y traídos en el estudio. Si así no fuera, si este libro y otros tantos de carácter didáctico no estuvieran realmente sucios, treinta, cincuenta o más años después, querría decir que no habían cumplido su misión de enseñar, por quedarse entre algún anaquel como "curiosidad de museo", que dijo alguien por ahí.

Y como el anterior, tiene don Luis Villagómez muchos volúmenes de los que encajan dentro de la denominación de "libro sucio", que han patentado en la capital los libreros de nuevo, para referirse a los libros de viejo. Nada pueden hacer en ellos, aunque su dueño lo quisiera, ni el borrador, ni la aguja con hilo, ni la goma. Desde luego no se trata de conservarlos en

el mismo estado en que fueron encontrados. Ninguno denuncia haber pertenecido a personaje ilustre, circunstancia esta que si concurriera en alguno de ellos, obligaría al bibliófilo a mantenerlo en ese necesario descuido de que ya hablamos una vez en estas mismas páginas. Situación muy diferente es la de aquellos volúmenes, en los cuales una mancha de aceite (¿quién dijo que el modesto artesano de hace decenas de años no estudiaba?), una gota de parafina derretida, una quemadura causada por distraído arrimo del cigarrillo, no son accidentes que puedan ser reparados sin que el libro se destruya totalmente. Queden ellos con las señales del ajeno maltrato como un testimonio de la paciencia con que el libro ejerce su misión de maestro. Y digamos bien alto que el libro debe ser instrumento y no objeto. Quien lo mire bajo aquella profunda significación no habrá de hacer caso alguno de si en el libro que necesita, las páginas resplandecen por su blancura y las pastas por su tersura. Otra cosa dirán necesariamente los bibliómanos, para quienes el libro es solo un objeto ornamental.

A los verdaderos amigos del libro, pues, no puede hacerles mella alguna la mancha de más o de menos que aparezca en el ejemplar al fin adquirido de una obra predilecta, cuyo precio si lo encuentran en la librería nueva, puede ser que rebase sus posibilidades más inmediatas. Suciedad del libro que solo se traduzca en unas cuantas manchas de sus páginas no constituye un deshonor, ni siquiera un peligro. Todavía nos parece ver en algunas librerías de viejo bogotanas a un singular personaje que murió de hepatitis mucho tiempo después de manejar el "libro

sucio" con la exquisita precaución que podían ofrecerle un par de guantes y unos tapones para las fosas nasales. Cosa distinta ocurre con esa suciedad que oscurece por completo el contenido de un libro y que deja, como en el paso de una lapa, la huella de un líquido viscoso y frío que penetra hasta el alma. Dígalo si no un espíritu tan susceptible a determinados escrúpulos como Oscar Wilde cuando al referirse a ese libro tremendo que Octavio Mirbeau llamó **El jardín de los suplicios**, dio a Frank Harris los siguientes estremecedores conceptos: "No pude soportar su lectura. Ese libro me sublevó, me pareció absurdo. Una especie de víbora gris". Ni para qué hablar de otros libros de suciedad aún más manifiesta. Por todos ellos el amor circula en medio de un caño de aguas negras, dentro de un rebajamiento que corre parejo con su estilo. ¿No son esos, acaso, los libros a los cuales llega como anillo al dedo la mentada denominación? El espíritu no tiene deuda alguna contraída con ellos. Como no puede tenerla con esos libelos especialmente hechos para destruir la honra de muchos justos.

No deberían los libreros de nuevo hacer mofa de los libros de viejo. Recuerden ellos lo dicho por fray Benito Jerónimo de Feijoo, sobre algunos ingenios americanos que "así como amanecen más temprano también se anohecen más presto". Muchos ingenios hay en el presente que solo son flor de un día. De sus libros como en la expresión del célebre benedictino puede muy bien decirse que anochesen muy pronto. De ese modo resultan los vendedores del libro nuevo convertidos en vendedores de

libros viejos. Puede aplicárseles a esos fugaces ingenios las palabras de Félix Urabayen: "Caer cuando se siente uno verbo de cuatro tribus... ¿No es para pedir a Dios que nos aparte a todos un cáliz tan doloroso?". Bien haya el "libro sucio" cuya suciedad de manchas y quemaduras pregona el reclamo insistente de muchos lectores y proclama, de paso, su larga vida.

A propósito de ese viejo ejemplar del **Quijote** que tenía "raídas las tapas, grasientas las páginas, borradas las estampas", y que Alberto Gerchunoff menciona emocionado como aquel en que él hizo su primera lectura de la obra por excelencia, nos dice don Luis, algo que él ha tomado ahora del quijotil evangelio para explicar de qué modo hacen luz en nuestro interior las imágenes que mayormente nos regocijan y consuelan. Se refiere a aquel capítulo que trata de la aventura sucedida en la cueva de Montesinos, donde tan grandes cosas vio el noble manchego por solo cuatro reales. Nosotros también descendemos, dice don Luis, todos los días, a nuestra cueva de Montesinos donde entre los libros amados, muchos de solo cuatro reales, nos encantamos con las visiones maravillosas de nuestro mundo interior. Y a ella descendemos después de espantar la multitud de grajos que pretenden cerrarnos la entrada, los cuales grajos están representados por todos aquellos que nos tienen por locos a causa de no comprar sino libros en vez de "cosas útiles". Y lo mejor de la lección de **Don Quijote** es que para entrar él a la cueva de Montesinos se despojó de sus arreos, como para enseñarnos que no es necesario entrar al mundo de las grandes visiones con otra prenda aquella que mejor pueda represen-

tar la sencilla apariencia de un gran caballero del ideal: el jubón, ceñido al cuerpo, libre de inútiles adornos.

Ya en ediciones de lujo o bien frente al ejemplar grasiento y raído, las obras ingeniosas de los grandes maestros nos ofrecen con igual generosidad el tesoro de sus

enseñanzas perdurables y el deleite que mana del estilo en que ellas se han expresado. Esta es la gran verdad. Lo sabe muy bien aquel que sin falsos escrúpulos lo haya experimentado una tarde cualquiera bajo los árboles o en el silencio de la noche, bajo la lámpara que nos muestra tantos caminos llenos de luz.